

Soltando hilo

Tenemos el vértigo de lo desconocido. Nos aspiran los lugares que se pueden recorrer inmediatamente por dentro, como el yo más interior. No nos conmueve, por ejemplo, no de esa manera, mirar la Cruz del Sur, o contemplar el plano de las minas de Potosí. Aunque tengo un plano de Constantinopla, o de Estambul, como usted quiera, donde hay una casa que marqué con alguien para compartir y a la que nunca fui; supongo que él tampoco. Volviendo al vértigo de lo desconocido, nos aspiran las escaleras hacia arriba. En cuanto nos llevan a hacer una visita, conseguimos contenernos a duras penas para no trepar hacia donde no sabemos, y eso sólo porque tenemos educación. Nos atraen los lugares tapiados, las puertas clausuradas, los sótanos y los desvanes. Pero lo que más nos seduce, hasta el deslumbramiento, hasta la más nociva determinación, son las casas deshabitadas, nos seducen como cajas herméticas en las que dejaron algo —sombra, rastro, vestigio— que al sacudirlas suena y resuena misteriosamente. ¿Qué será? ¿Qué soy? ¿Quién soy? Sólo que para sacudir una casa, por abandonada que esté, hay que entrar, y para que algo suene hay que esperar y hay que tener mucho coraje, sobre todo si se está sola.

La prueba fue mía. Nuestra Organización de Espías me exigió el informe como condición para renovar por otro año el derecho a ser miembro de la misma. Tenía que entrar en la casa de los Basualdo, cuyos inquilinos habían desaparecido (así preferíamos llamar a una sencilla mudanza) y dejar una marquita de identificación en cada cuarto. Después iría la «inspección» para controlar mi visita.

¿Estaba contenta? Esta vez no. Tenía miedo, sobresaltos en el corazón y mareos abismales en el estómago. Otras veces también los había sentido, pero había entonces simultáneamente un cosquilleo de plumas multicolores, una vibración como de cascabeles con sordina que tal vez significaran la esperanza. Ahora era malestar a secas. Me hubiera gustado la aventura, pero acompañada.

—Vamos, —dijo Laura— es la hora. —La voz era de condena inexorable. Como para Juana de Arco, como para Ana Bolena, para María Antonieta. Salimos. Aunque trataba de ser heroica, pregunté:

—¿Estás segura de que no puedes entrar conmigo?

—No, no puedo. Todos los chicos de la Organización estarán vigilando desde la esquina. Si te acompaño, nos expulsarán a las dos.

Era cierto. Los vi. Bruno y Andrés espiaban desde atrás de un árbol; Miguel conversaba con Ruth en la esquina, sin mirar, como si nada; Luis María se mostraba abiertamente, apoyado con desfachatez en la pared de enfrente. Para algo era el jefe.

Llegábamos. Faltaban apenas veinte pasos y Laura me dijo con aire de conspiración:

—Me quedaré en la puerta. Toma, —me entregó un ovillo de piolín— mientras caminas vas soltando el hilo, pero flojo. Yo tendré la punta. Guía-te por el hilo que vas dejando para salir. Si estás en graves apuros, pero graves de verdad, dale un tirón bien fuerte y entonces entraré a ayudarte.

Yo no sabía que ella estaba encarnando a Ariadna. Sabía, sí, que yo podía encontrar a cualquier monstruo, a uno que ni me animaba a imaginar. Recordé el reguero de migas de pan en Hansel y Gretel. También eran una guía para volver, pero se las comieron los pájaros y cayeron en manos de la bruja. Claro que las migas no servían para llamar a nadie, por un lado, y por otro, nadie que yo supiera, devoraba piolín. Había un tercer lado: una casa no es un bosque, por complicada que parezca.

Allí estaba la casa. ¿Qué se esperaba? ¿Quién o qué? Mi destino no estaría inscrito en el santoral ni en una lista de dinastías, ni siquiera en las humildes amonestaciones para casamientos. El fondo de la casa de Basualdo era la medida del hilo de mi vida. Me estremecí.

Laura me dio un beso en la frente y dijo con solemnidad: «¡Que Dios te guarde!», como si me despidiera para las Cruzadas.

Estuve a punto de claudicar. Ella me empujó levemente. Subí al umbral sin respirar, exhalando nada más que hilo. Estaba en un zaguán cubierto por una ancha franja de mayólicas de color caramelo que terminaba en una guarda con lirios verdosos; más arriba, la pared lisa y ocre. Saqué del bolsillo la tiza de color azul, me empiné sobre las puntas de los pies y alcancé, apenas, a marcar una crucecita temblorosa. Había empezado, por lo menos.

La puerta cancel tenía cortinas de macramé que filtraban sólo claridad, más vidrios y plantaciones lejanas que hasta podrían ser la selva amazónica. No quise mirar atrás; estaba segura de que retrocedería, y eso sería el oprobio para siempre jamás. Tomé el picaporte. Ya sabía que esa puerta

estaba abierta. De eso había quedado en ocuparse Luis María, dueño y señor de todas las cerraduras con su manojo de infinitas llaves y «ábrete puerta».

Entré soltando hilo. No se oía ni un ruido. Era un hall muy grande, sin ningún mueble, iluminado por casi una pared entera y una puerta de vidrios transparentes que daban a un jardín bastante poblado. Alrededor de ambas, había otros vidrios que formaban vitrales con una flor de lis amarilla sobre fondo azul. Hice otra cruz con tiza sobre la pared blanca del costado, junto a una puerta que estaba completamente abierta. Sí, ya sé, estoy describiendo demasiado, pero de eso se trata: de hacer tiempo, antes de que venga *algo* y me devore todo el tiempo que tengo, como esos insectos que simulan saber dónde está Dios y que devoran sin piedad las alas de las mariposas haciéndolas crujir entre los dientes. ¿Crujir, dije? No, no ha sido nada. Han sido mis pies al pasar de la baldosa a la madera de esta otra habitación que debe de ser, tal vez, un comedor, digo, por el empapelado granate. Granate: color que puede absorber y disimular la sangre. ¡Fuera, pensamientos verdugos! Aflojé bastante hilo.

Vacío, también, el comedor, y algo penumbroso, a pesar de la ventana por la que se asomaban unas matas de hortensias rosadas y desde más lejos me espiaban unos arbustos solapados, de un verde agrio, que no sabría cómo nombrar. En la pared de enfrente de la ventana había incrustado un gran espejo. Me miré entre las plantas: una niña vestida de plumete celeste, con un ovillo que tenía la extensión de su existencia en una mano, o la extensión de perderme, en el mejor de los casos, y una tiza en la otra, para marcar las cruces, como si tuviera que morir por una causa santa. Y bien de cerca, una cara asustada, pálida hasta las últimas borras del último color, con ojos despavoridos de un verde inquieto, menos tranquilizador que el de las plantas.

Recordé otro espejo y otra casa. Siempre meto cosas dentro de las cosas, casas dentro de las casas. Todo es así cajitas chinas, huevos de zurcir, muñecas rusas, y ¿por qué no pétalos de rosas? (porque «no hay el sueño de nadie» bajo tantos pétalos, «bajo tantos párpados»). Más tarde sabré que mi pernicioso memoria es la que envuelve y acumula, que es mucho peor que un catastro por registrar, embalar y conservar todas las pertenencias de mi vida. ¿No tropezaré acaso dentro de mis sucesivas casas con otras paredes, puertas y ventanas de casas donde he vivido? ¿No llevaré a cuestras, sobre todo, esta donde ahora vivo y querré entrar lo impenetrable y salir por donde no hay salida y mirar hacia afuera por donde no hay cristal? En ese otro espejo de esa otra casa que fue la del crimen, la casa abandonada, intacta, donde nos introdujimos todos hace un año, Miguel me abrazaba diciéndome: «Tus ojos parecen hechos para el rey del jade». Otro espejo, donde estará besando a Ruth, borrará ese abrazo y esas

palabras. ¿Será eso el amor? ¿Será un juego de espejos cambiantes en el que uno de los protagonistas se encuentra a sí mismo? Mis ojos estuvieron hechos para perder de vista, Miguel; estuvieron hechos para llorar.

Aparté la mirada. Al miedo se sumaba la tristeza. Saqué la tiza y quise trazar una cruz sobre el espejo; no sobre mi cara, no, sino sobre la cara de Ruth. La tiza resbaló chirriando un poco sobre la superficie y no la marcó, ni siquiera a medias. Indestructible, la enemiga, siempre. Tuve que conformarme con tachar el granate de la pared.

Me alejé. Aflojé más el hilo del ovillo y me animé a empujar la única puerta que había. Estaba entreabierta. Me colé adentro y la puerta se cerró. ¿Se habría cerrado sola? Estaba pegada a mí, de modo que nadie había entrado detrás. Yo estaba ciega. Me había metido en un pozo de oscuridad. ¿Qué sería esto? ¿Un cuarto lleno de arañas y lagartijas? ¿Una plantación de hongos escalofriantes? ¿La tumba del ahorcado? Algo o alguien podía aprovechar esta tiniebla para ponerse a existir poderosamente. Estuve a punto de retroceder, pero tampoco sabía qué o quién había cerrado la puerta. Tampoco podía avanzar. Me quedé inmóvil, como suspendida entre el pasado y el porvenir, como refugiada en la fragilidad del presente. El forzoso, ineludible balanceo a que nos somete el salto del momento. Allí, inerte, era más vulnerable que en cualquier otra parte. Palpé hacia un costado y entre élitros, dedos y telarañas imaginarias, encontré la llave de la luz, como si la acabaran de colocar para mí. No había nada, absolutamente nada, nada más que una puerta con postigos cerrados, que daría también al jardín, y otra más allá, frente a mí, y las bonitas paredes empapeladas con pálidas rosas sobre gris plateado. Vamos, no tengo que hacer el inventario ni soy la encargada de alquilar la casa de Basualdo a nadie. Era un dormitorio de mujer, o de pareja enamorada, de esas que se desmayan en las tarjetas postales. Hice una cruz en uno de los postigos.

Más allá estaba la puerta siguiente. Más allá siempre era un misterio que a veces, en los peores casos, correspondía exactamente a mis conjeturas: muertes, inundaciones, pestes, eran, frecuentemente, imaginaciones mías que se cumplían a distancia. «La imaginación es una realidad a distancia», fue después uno de mis lemas.

La puerta estaba más allá y era mejor no pensar. Solté más piolín y crucé la frontera haciendo girar el picaporte cautelosamente. «Más allá» era nada, o nada visiblemente alarmante, al menos, en otra habitación igual a la anterior, sólo que la luz entraba abiertamente porque la puerta que daba al jardín estaba abierta. No me detendría a mirar el empapelado de colores más severos que el anterior y con dibujos laberínticos; tampoco me entregaría a mis pensamientos aterradores ni a los otros. Se trataba de terminar de una vez. Sabía, sin confesármelo, que el jardín no me ofre-